

ACTO PRESENTACIÓN FUNDACIÓN PRESENTACIÓN CARLOS SALVADOR Y BEATRIZ

A pesar de la vida en contra, aquí estamos. En este difícil ser y estar. Estar en esta sociedad distinta pero que no deseamos distante, en esta humanidad que como escribió Manuel Vicent “parece un mar desbordado pues ningún terremoto resiste tres telediarios si no ha causado al menos 10.000 muertos” y ser los padres de dos jóvenes, como otros tantos, en que el rayo que no cesa del tráfico se los llevó por delante.

Esta Fundación no debería existir, pero el azar, esa pelota que cae o no en la red de la vida – a un lado u otro- la desgracia, la mala suerte, los muchos interrogantes de esta existencia entre tantas sombras y algunas luces hace que lo que no debería existir, exista. Es, está, será.

Toda nuestra vida ahora es un antes sin después. La razón es tan simple como dramática: tiene que ver con la vida y con la muerte porque la felicidad está siempre en un equilibrio peligroso, inestable, a punto de resbalar por un precipicio de desolación porque la vida, tantas veces, muchas veces, es una absurda tragedia sin sentido para la que no vale ningún consuelo. José Saramago lo decía mejor: “Casos hubo en que ni el dolor cansa ni el tiempo pasa...”

Lo más terrible se presenta siempre de forma inesperada y todavía hay algo peor que la propia muerte: la muerte de un hijo, en nuestro caso de unos hijos, algo que liga con lo primitivo, con lo ancestral, con lo que se siente allá en lo más hondo de la conciencia, en un sitio incluso anterior al propio pensamiento. Estamos en un mundo, tanta veces insolidario, en el que se desea no tener ni mostrar las heridas. Y en nosotros, en las tinieblas de la propia vida, en las nieblas del discurrir cotidiano, surge la gran pregunta: ¿Y por qué a mí? Dijo mamá hace poco y yo escribí: “Todo se nos fue por delante...Hijos, futuros nietos, posibles bisnietos...”.El presente y el pasado de la familia se partieron ahí y el futuro ya no volvería a ser el mismo...

Es la vida al revés pero, así y todo, no nos hemos encerrado en la concha de la soledad, en el caparazón de un casi justificado egoísmo sino que sacando fuerzas de flaqueza – y nunca la frase ha sido más real- hemos salido cara a cara contra la vida, poniendo cuerpo y alma, a trabajar codo con codo con los demás para hacer mejores a los otros y crear un mundo más justo, más solidario, más de todos.

¿De dónde nos viene esa fuerza que tantos dicen admirar?... Nuestra fuerza viene de su recuerdo. En la página web de la Fundación hemos escrito: “Para ellos, Carlos Salvador y Beatriz, nuestros hijos –siempre- que nos siguen dando fuerzas para hacer lo imposible: vivir”. El recuerdo es intangible, perpetuo, pétreo... Hay una frase que dice “reconocí mi felicidad por el ruido que hizo cuando se fue...” y los versos de William Wordsworth subrayan: “Aunque nada pueda devolverte aquel tiempo de esplendor en la hierba y la gloria de las flores, no debes dolerte por ello; en la belleza que quedó atrás tienes que encontrar toda la fuerza”. Ya sabemos con Alfonso González Jerez que “la muerte es una violencia indebida, pero el olvido es capaz de multiplicarla”. Y eso es lo que no queremos. Está claro que los recuerdos son árboles que si se riegan nunca se secan. Decía Borges que “seguirás existiendo mientras pensemos en ti”.Y nosotros no queremos ser “El olvido que seremos”, ese libro que acabo de leer donde el autor, Héctor Abad, habla con amor y pasión de un padre muerto.

Decía Tolstoi que “sólo las personas que son capaces de amar intensamente, pueden sufrir también un gran dolor, pero esa misma necesidad de amar sirve para contrarrestar su dolor y curarles”. La cura es recordar. Lo nuestro es recordar y recordar. Amar y amar. Con pasión y devoción a dos hijos, a dos seres humanos que no están pero son carne de recuerdo, camino abierto de añoranzas, sangre caliente de hijos nunca olvidados, pues Carlos Salvador y Beatriz se encuentran bien presentes a cada hora y a cada minuto. Ellos fueron libres y responsables, coherentes e ilusionados...Amaron y usaron su libertad que ya sabes Sancho, es uno de los más preciosos dones...

Escribe Carlos Salvador: “Nada se acaba, nunca perdemos del todo, pero tampoco ganamos”.Esta de hoy es la segunda victoria después de la derrota pero, aun así, siempre seguimos siendo perdedores. Para siempre.

La primera victoria fue la presentación un 5 de noviembre de 2004 de los tres libros póstumos de Carlos Salvador, ahora en su segunda edición.

La segunda victoria es este exacto momento: la presentación de la Fundación, una cuestión que empezó a través de amigos solidarios y que ahora camina con la fuerza de una

ilusión que esperamos colectiva. Aurora y yo podíamos dejar pasar la vida de largo. Incluso teníamos derecho después de candentes y calientes años de profesión, vivos y reflexivos, amorosos y vocacionales, pero el ejemplo de nuestros hijos nos hizo meternos en esta nueva aventura. Y es que pensamos que, por difícil que sea nuestra situación, las personas que construyen su felicidad en el servicio al otro no ven la existencia como un coto cerrado, sino como un universo de posibilidades en el que todo está por hacer. Decía el actor y director de teatro, José Luis Gómez: “Lo que me produce felicidad es cuando veo consuelo en la desdicha de otro” y el entrenador inglés de fútbol Bobby Robson afirma “Nadie gana nada solo”. Y es que el prójimo es siempre insustituible para poder ser algo y Mafalda remacha: “Si no fuera por todos, nadie sería nada”.

No queremos comernos ningún mundo pero tampoco ser flor de un día. Hacer lo poco que podamos. Como me dice Aurora: “No deseamos plantar ningún bosque pero si un árbol, que brote alguna semilla de nuestro esfuerzo solidario”. Juntos llenar de granos de arena el cántaro de la solidaridad, colocar tierra en las pocetas del bien común... Ya sabemos que la compasión es una cualidad de la imaginación: consiste en ponerse en el lugar del otro, en el mismo pellejo del prójimo y significa que en este mundo aún se puede hacer cosas buenas. Siempre hemos dicho que lo que vende son las malas noticias y así reconocía Rosa Montero que “nos angustia tanto la maldad que la agrandamos. Los horrores no se nos van de la cabeza, pero tendemos a ignorar los actos generosos y decentes, que abundan mucho más”. Y otra escritora, Maruja Torres, afirmaba: “Conviene que sepamos que sumar es mejor que restar, multiplicar mejor que dividir, y aceptar mejor que negar”. Eso es lo que tratamos con esta Fundación y su frase lema: “Contigo la utopía es posible: sumar para multiplicar”. Y apostillo: las buenas noticias también son noticia.

Por eso, nuestras ideas están dedicadas a la educación, la clave para seguir adelante, la llave que abre las demás puertas porque educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima y en que los hombres y mujeres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento. Aurora y yo lo sabemos por experiencia propia y con el escritor Javier Cercas afirmamos que “es evidente que nada hay más difícil que enseñar: quién lo probó lo sabe. Enseñar no es saber; enseñar es saber dos veces”. Por eso la educación y la cultura son los pilares donde queremos construir este pequeño edificio de solidaridad y de comprensión a los demás. Claro que tantas veces hemos dudado del camino emprendido porque este barco hay que llenarlo de tripulantes y en el mar actual no siempre se vislumbra el horizonte. Pero contamos con la ayuda de tanta gente que siempre nos ha mostrado el pan del cariño, el agua reconfortante de la amistad. Ahora es el momento de echar una mano, cualquier mano, haciéndose socio de un proyecto común liderado por un Patronato formado de gentes laboriosas e inquietas, críticas y reflexivas, una mezcla bien amasada de juventud y veteranía y que hacen realidad aquella frase que me decía un amigo en los días más tristes de mi vida – y no los tendré peores- del “que siembra, recoge”.

Gracias a todos. En primer lugar, a mis hijos, que me dieron tanto en tan poco tiempo y que son los personajes centrales de esta obra. A mi madre, mi querida Doña Teresa, socio número uno de la Fundación, que se me acaba de ir la semana pasada a sus 96 años y de la que tenía la secreta esperanza de que estuviera en primera fila – como otras veces en las presentaciones de los libros de Carlos Salvador- bien peinada, pintada y arreglada. Como tantas cosas en mi vida, tampoco pudo ser. Gracias a los que iban a venir pero no pudieron por cualquier causa. Gracias a los que han venido y nos ofrecen el calor de su presencia. Gracias a todos los que participan en este acto donde la educación y la cultura se dan la mano. Gracias a CajaCanarias por recibirnos, por encariñarse con nosotros, por hacer causa común con una obra que es social y es cultural. Gracias a su Director General, Alvaro Arvelo, que nos ha dado estímulo y reconocimiento, camino abierto para el futuro desde su sentido sereno y eficaz de ver la vida.

Y poco más. Partimos desde el dolor a la esperanza. Desde el recuerdo, siempre perenne porque estas hojas del árbol de nuestras vidas nunca caerán, hasta la meta de construir algo para los demás. Y es que sabemos, con Beatriz y su frase de Dostoievski, que “el secreto de la existencia humana no consiste sólo en vivir, sino en saber para qué se vive”.

Salvador Pérez

25 de Enero de 2008